

DE LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO Y EL SENTIDO ORACULAR DE LA VIDA

THE IMPORTANTE OF BEING EARNEST AND THE SENSE OF THE LIFE

WALTER OSKI

OPUS NANA que, en su primera parte, reitera el título de una comedia de Oscar Wilde, para comentar la extrapolable de éste en beneficio de la parte segunda, que trata de *el sentido oracular de la vida*.

En el ámbito hispano, no suele conocerse que el título original del play de Wilde es *The Importance of Being Earnest (La importancia de Ser Earnest)* –que en su lengua alude a la “importancia de ser despierto, cuidadoso, dedicado, concienzudo, apasionado, responsable”. Voz inglesa que puso a los editores hispanos a generar – nunca mejor dicho – una traducción creíble. Unos propusieron *serio*, pero no; otros, honrado pero tampoco; otros *respetable*, pero menos. Además, pensaron: ¿Quién diablos iba a comprar un libro con semejantes títulos? Y, sabiamente optaron por su traducción fonética, trocando el adjetivo en nombre: Ernesto. Mas, en castellano, cabe mal ser Ernesto; y lo aceptable es llamarse Ernesto o lo que ocupe su lugar. Y, en lengua inglesa, uno no “se llama” Ernesto, sino que uno “es” Ernesto. Desconociendo aquel episodio editorial, muchos aún creen que se trata de una mala traducción. Pero los éxitos del mercado librero y teatral, no han dejado de confirmar que ésa fue la más acertada traducción posible.

En inglés, el verbo “to earn” equivale a ganar o merecer; y la desinencia “est” denota superlativo: “*the best*”, -que produce el adjetivo *earnest*: ser excelentemente genuino en los actos como en los méritos. Con lo que juega Wilde –maestro de la ambigüedad-, haciendo del adjetivo un nombre, para plantear el dilema entre ser espurio (como en lo arbitrario del adjetivo) o genuino (como en la identidad del nombre), dejando a la misma palabra, Earnest, flotar entre sus denotaciones adjetival y nominal, toda vez que, en inglés, al lado del nombre, Ernest, también existe Earnest, pero sólo como un germanismo poco usual.

En el habla española, ese juego ambivalente no es posible. Y, si quisiéramos trasladar el adjetivo inglés *earnest* al nombre español Ernesto, para engendrar un anglicismo portador de la connotación semántica de Earnest, tendríamos que hacerlo en base a una deliberada sustentación. Mientras que en idioma inglés, “To be earnest” pasaría por una impropiedad fonética o de escritura; en castellano, ser Ernesto o Ricardo, por sí mismos, carece de sentido. Es excepción ser Romeo o Sancho, en tanto que paradigmas universales. Y el imperativo “Sea Ud. Hamlet o sea Ud. Julieta”, puede escucharse en una asignación de roles del teatro o del cine. Y el Director podría añadir: “*And play your role in earnest*”: (E interpreta tu papel con verdadera entrega).

Mutatis mutandis, “¿Sea Ud. ernesto”, como hipotética traducción del imperativo: “*Be earnest!*” será aquí una licencia argüida, a título de osar invertir el equívoco (que no equivocación) de los traductores de Wilde: Un modo de condensación nominal de un adjetivo endiablado –o con mucho duende, según se lo mire. En español, “ser despierto, cuidadoso, dedicado”, etc., difícilmente podrá acuñarse en tres sílabas (Er-nes-to); como el inglés lo hace en dos (ear-*nest*) –que se pronuncian no obstante como una sola sílaba larga (êarn’st). Es el genio de esa lengua. En la nuestra, se trata de crear un neologismo español, partiendo de una voz equívoca inglesa: “Earnest”. Aparece como un duende *interlingua*. Y, como también se verá en II: duendes, encantamientos como apariciones, desafían los hábitos de percibir la realidad. Se trata, entonces, de la importancia de ser Ernesto. Pues, acaso, los *ernestos* suelen tener mejor acceso a ese sentido de gracia que aquí llamamos oracular. Sobre todo, cara a nuestro papel más importante: El que nos asigna la Vida. Ser *Ernesto* es inane para la obsesión por el rendimiento o el logro venal, como lo es para aquello por lo que no se está motivado. En este libreto (el del Destino) en que sólo te dicen: “Hazlo como quieras”, ser Ernesto es ser selectivamente uno mismo ante el trabajo que se hace o el camino que se sigue.

ORÁCULO es también una palabra con mucho duende. Y nada tiene que ver con su etimología aparente. En realidad, viene de culmen o apogeo que designa el nivel más encumbrado o alto en que la transmisión oral se produce. Oráculo es también *oratio* discurso –como el de la dignidad humana *Oratio de hominis dignitate* de Pico de la Mirándola. Oración que no debe confundirse con rezo o plegaria, sino como apertura oral a la comunicación y, por ello mismo al diálogo. ¿Entre quiénes? Entre el hombre y su propia naturaleza, entre él y su entorno inmediato; y por último, entre el sujeto y la *Naturaleza*

universal. Establecida esa triple concordancia, el hombre ingresa silenciosamente en el sentido oracular de la vida. Y encuentra, a su paso, respuestas crípticas, pero transparentes a sus interrogantes significativas. Esto dista de la adivinación folklórica en sus multifarías *mancias*. Como del ejercicio oracular de un arrúspide, una pitonisa o un chamán –o sus sucedáneos terapeutas.

Las voces sánscritas *divya* “claridad”, de la visión (*vidya*) aclara que se trata de una forma de ser o estar en el mundo. Itinerante como es, difiere de la rabdomancia y de la serendipidad; como es propio de los zahories, en el primer caso; o de los científicos afortunados por sus hallazgos fortuitos, en el segundo. El sentido oracular de la vida encarna en quien carece de la intencionalidad del zahorí, como también del factor sorpresa del favorecido por la serendipia. Es disciplina de vida que renuncia a la premeditación y a la expectativa del buscador de trofeos que, en la protesta de Picasso, se expresa como un “Yo no busco; yo encuentro”. Hace desistimiento también de la jubilosa sorpresa, cuando ésta es agradable; como del aturdimiento ante el acontecer penoso. En su reemplazo opera la observación atenta y la meditativa lectura de los hechos aparecidos; mas no como lectura prejuiciada o supersticiosa, sino lectura hermenéutica.

La hermeneusis, mitológicamente surge con Mercurio o Hermes, designado Mensajero Secreto entre los dioses, pues, éstos comunican entre sí de manera velada, para hacer impermeables sus conocimientos a los dioses menores y a los mortales profanos. No coincide necesariamente con el método analítico del científico ni con el epistémico del filósofo. Mas, no desdeña la racionalidad ni la intuición, sino que incide en la fertilidad inefable que surge de la interacción entre estos dos espacios. Mi benefactor, don Emilio, es un anciano campesino herbolario. Se pasea por los montes rurales y mira a las plantas con amorosa delectación. De pronto, una le

sonríe y le habla: “*Soy buena para la artrosis o para el asma; cógeme*”. Pero Emilio cree que fue él quien pensó: “Esta planta debe ser buena para esto o lo otro”. Con un simple rito la toma; y extrae de ella un aceite terapéutico. Ignora que la planta le habló primero. Emilio, torre de bondad e inocencia, es un sabio analfabeto.

Tras 50 años de labor médica, el psiquiatra de nuestro equipo intuyó que, con sus Bodas de Oro profesionales, se daba fin a su carrera. Por un sentido de obligación amistosa aceptó una comida, con la que contrajo una severa intoxicación. Una complicación secundaria en la laringe le afectó la voz –uno de sus instrumentos de trabajo. Él hizo la lectura: “Se acaba mi vida profesional; y parte de mi vida social”. De regreso en Madrid, atendió a un paciente. Éste, bajo su peso habitual en ocho años de terapia, rompió la estructura metálica del sillón giratorio-reclinable – que

les encantaba a todos. Su lectura: “Ya no debo seguir viendo pacientes”. No obstante, cambió el sillón. El piso de su despacho rompió tuberías. Él leyó en inglés: *The grounds of being an Office doctor are Licking* (los cimientos para continuar en la profesión están haciendo aguas). Y el último paciente que acudió a la consulta observó: “Se te ha levantado el parquet del despacho”. Él le respondió con la mayor naturalidad: “Eso es porque ya no debo volver a recibir aquí”. “¿Debo ver a otro psiquiatra?” –le preguntó. “No –le contestó el doctor: Estoy satisfecho de nuestra labor”. El paciente, conocedor de su terapeuta, se fue dudosamente satisfecho. El médico suspiró; estiró los brazos tras la nuca y susurró: “Es tiempo de comenzar un año sabático”. Lo hizo con un retiro de silencio. Y dejó de llamarse con sus mejores amigos –pues es con ellos con quienes más se habla. Y comenzó también a preparar un viaje al extranjero.